estuvo en sus manos y cuya nostalgia mediatizará todos sus actos; y también desde el arco del contrasentido, al que Jaime Sabines defiende con el estigma que hay en el último estrato de su conciencia, los dardos de una alegría que nace ya con el conocimiento de su intermitencia y que, por lo mismo, no es soberbia, no es orgullosa, sino vestida de tal humildad, de tal sumisión, que es violada por todos los sufrimientos varones, hasta producirse en su vientre una incesante descendencia: la ternura. La permanente y poderosa ternura de Jaime Sabines.—FÉLIX GRANDE.

ECOS DE FRANCIA EN «SEGUNDA ANTOLOJIA POETICA»

Al extender la ojeada de lectura y de intimidad al libro de poesía de todo autor, no puede hacerse caso del deseo que Juan Ramón Jiménez expresaba en el último texto de su *Segunda Antolojía Poética:* «Quisiera que mi libro fuese, como es el cielo por la noche, todo verdad presente, sin historia.»

Tenemos que hacerlo vida y verdad presente, es natural que así sea, pero con historia. Pues es la única manera de relacionarnos con el alma auténtica de un poema (de todo texto, en general), hallando sus conexiones con las realidades y circunstancias que lo motivaron, dentro y fuera del yunque creador del autor. A pesar de todo, la creo tarea algo fría, como disecando la vibración de la poesía, que está fresca, como «vivita y coleando», en sus orígenes (para emplear un léxico que evoque el cuadro natural de Juan Ramón, *su* Andalucía baja). Se le quita a menudo, así, juventud y encanto, pero se le puede dar amistad y comprensión.

La exploración ahondada del yo es en Juan Ramón una vocación constante con culto sincero, y su expresión lírica resulta fusión habitual del corazón y del paisaje, en uso musical y vivo de la palabra. De ahí su exigencia, su valoración persistente de búsqueda, como si quisiera arrancar las fibras que más cantan, que más ahondan en su pura expresión. Lirismo, claro está. Y lirismo de presentes y lejanos recuerdos nostálgicos. De ellos está, pero que muy lleno, nuestro Juan Ramón Jiménez. Es una pena para nosotros tener que tocar el poema, que es incorregible según Juan Ramón, tan natural y fragante como la flor de la naturaleza, y que evoca de modo conciso y oportunamente maravilloso. «¡No lo toques ya más/que así es la rosa!»

Pero esos recuerdos nostálgicos de hogaño y antaño en su sensibilidad nos atraen; de ellos surgirán, manantiales, las poesías cuidadísimas que son las suyas, en su continuado anhelo de perfección y emoción de belleza. Y la punzante herida intimista de su poesía tiene asimismo su fuente en los focos sensibles y directores de la memoria. De ello se descuelga la voz lírica en cantos desnudos y a menudo melancólicos, casi humildes.

Juan Ramón Jiménez viajó mucho por Francia, por tierras y comarcas próximas o alejadas de la frontera. Y en diversas ocasiones, las letras francesas le ofrecieron el placer de la lectura y de sus influencias. Poesía y sus corrientes simbolistas y parnasianas. Primeros años del siglo, y de estos viajes y lecturas —libros y paisajes— siempre guardará Juan Ramón la acendrada estampa interior, empapado su corazón y su cuerpo de paz y de espontánea emanación lírica. Todo en notas ligeras, como musicalidad y coloración impresionista.

Esta acentuación emotiva la subrayan algunos autores de crítica, tales como G. Díaz-Plaja y A. Valbuena Prat. El primero, escribiendo: «Es curioso que uno de los grupos de paisajes de Claude Monet, pintados entre 1890 y 1900, lleve el título de *Nymphéas,* como el libro de Juan Ramón Jiménez —*Ninfeas*—, publicado en 1902» (en *La poesía lírica española,* 1937 (p. 386), y el segundo, al notar que en esos poemas iniciales de Juan Ramón Jiménez la frescura y la madurez tienen a veces forma lograda; «un brillo que irrumpe en el poema, de estampa estilizada, que hace pensar en *La valse,* de Ravel; el camino hacia lo más nuevo puede observarse por el cambio de observación musical» en *Historia de la literatura española,* t. II, 1937 (p. 890).

En ese depurado constante de su «trabajar» poético, lo francés intervino en las características citadas: musicalidad, color, y ello en esfumante mirada —o sentir— que reúne Verlaine con Claude Monet y Rimbaud con Albert Samain. Toda esta carga sentimental se trasluce en diversos textos de su *Segunda Antolojía Poética,* llena de matices y de aciertos en delicada pincelada, en esencia de refinamiento, trayendo a la memoria aquellos versos de Juan Ramón Jiménez que son como símbolo y espejo de su poética inicial, de su poética de años jóvenes:

Mi vida es cual un roce de telas que cantaran
como pájaros tristes de pálidos colores...

Y esa poética está contenida dentro de estos dos versos: roce, tristes, pálidos colores... ¿Dónde hallar una definición más justa y más oportuna para estos libros que van de 1898 a 1918? Síntesis de comparaciones y valoraciones musicales, colorísticas y paisajísticas: el verso

con la concisión de lo delicado y que se apoya en lecturas y viajes. Francia, con su enorme peso de tradición cultural y su prestigio de entonces (arte y literatura), está presente en el alma enfermiza de Juan Ramón Jiménez; enfermiza por exceso de sensibilidad y por gusto de alejamiento.

Influencia emocional de lecturas francesas

El querer expresar «emanaciones frescas y perfumadas de la naturaleza» tuvo en Juan Ramón Jiménez un eco de felicidad, respondiendo a su propio mundo interior. Concordancia de sensibilidades, y que más tarde dará en ese cuadro lleno de anotaciones dulcificadoras y como inasequibles que es, honda y llameante belleza de rocío, *Platero y yo,* su más durable prolongación. Quiere —y aspira a ello con todas sus fuerzas creadoras— traducir la esencia de las cosas convirtiendo la imagen en pura musicalidad, en pura metáfora. Y este proceder (o técnica, si se prefiere) es simbolismo expresivo y dolido.

¿No puede reconocerse en esta trayectoria de los libros que forman la *Segunda Antolojía Poética* la impregnación del romanticismo, del parnasianismo, del simbolismo?

Tales corrientes tienen su arte refinado, además de su origen, en las letras francesas. Y Juan Ramón Jiménez las sigue, las recoge, las adopta en ciertos años de su vida joven. (Además, no es él solo, sino la mayoría de los poetas españoles de entonces. Esa influencia francesa estaba, pues, en el aire y se recogía en las más sencillas respiraciones de vivir y crear. Era la poesía y asimismo la música y la pintura: Francia en tesoros de arte.)

Dos autores franceses, R. Larrieu y R. Thomas, afirman que en la obra de Juan Ramón Jiménez, en *Platero y yo* concretamente, hállase un eco de la poesía de Mallarmé y de ese patriarca de dulzura con largas barbas que se llamó Francis Jammes *(Histoire illustrée de la Littérature espagnole,* 1952, p. 394). Sí, debe de ser cierto, en los caminos del primero, que aspira a la perfección formal fundiendo la forma en la idea misma, y en los senderos de sencillez sensible y serena, además de agreste, del segundo, y que Juan Ramón Jiménez parece reflejar en las páginas de *Platero y yo.* Y Guillermo Díaz-Plaja estima que el poema «Enfermo» (p. 294 de *Segunda Antolojía Poética)* tiene como precedente el poema de Francis Jammes que lleva por título «Prière pour qu'un enfant ne meure pas» (en Díaz-Plaja, obra citada, página 387).

Las reminiscencias francesas habría que hallarlas, paso a paso, en poemas juanramonianos; pero como estela de lecturas que fueron, con toda seguridad, por lo menos influencias emocionales, pueden verse ciertos nombres. Desde luego, la atmósfera de *La soledad sonora* hace que este libro conduzca el recuerdo a la atmósfera de Francis Jammes, pues esos poemas hablan del poeta que regresa al hogar y que goza allí del agua tranquila, de la luna apacible, de la flora de la Naturaleza, y el poeta francés tenía tales temas como dominantes. Y no sólo lo leyó, sino que lo conoció.

En orden cronológico de su ascensión poética, yendo de un libro a otro de los que componen la abultada *Segunda Antolojía Poética,* podemos hallar una auténtica memoria que tiene recuerdos de lecturas de poetas franceses. Y así, me parece significativo el que Juan Ramón Jiménez ponga como en exergo diversos versos franceses. Y ello acarrea, puede creerse, una cierta gratitud emocional, un suave eco de almas íntimas y agradecidas.

Los poetas citados son: Verlaine, Rimbaud, Samain, Hugo, Laforgue y Maurice de Guérin. De ellos, Verlaine y Maurice de Guérin, dos veces; los otros, tan sólo una vez.

El poema 4 de *Arias otoñales* (1902-1903) se encabeza con los versos de Verlaine: «Le vent de l'autre nuit a jeté bas l'Amour...» Y Juan Ramón escribe: «¡La otra tarde, se ha llevado — el viento más hojas secas!»

El poema 8 de *Jardines místicos* (1903-1904) tiene la evocación de Rimbaud, con la sencillez nostálgica y como apesadumbrada: «... Par délicatesse — J'ai perdu ma vie.» Y acto seguido dice Juan Ramón: «Viento negro, luna blanca. — Noche de Todos los Santos. — Frío. Las campanas todas — de la tierra, están doblando.»

El poema 8 de *Elejías intermedias* (1907-1908) evoca a Samain: «... Et chaque feuille d'or tombe, l'heure venue — Ainsi qu'un souvenir, lente, sur le gazon», respaldado este recuerdo por el poeta español en sus primeros versos: «Una a una, las hojas secas van cayendo — de mi corazón mustio, doliente y amarillo.»

El poema 4 de *Francina en el jardín* (1909) (este título, ¿no nos lleva a nombres femeninos franceses?), tiene por mentor al barbudo y romántico Víctor Hugo: «... Rit de la fraîcheur de l'eau.» Y en su poema dice Juan Ramón: «Con lilas llenas de agua — le golpeé las espaldas.» Y versos más adelante: «Y se reía, fantástica. — La risa se le mojaba.»

El poema 17 de *Los rincones plácidos* (1909) recuerda a Verlaine: «... Car voici le soleil d'or», encauzado en versos de alegría solar: «El sol, ¡abre!, — dice en los cristales.»

El poema 3 de *Tesoro* (1910-1911) es emoción pensando en Lafforgue: «La retraite sonne au loin...», emoción recogida ya en el título, «Retreta entre las rosas», y que Juan Ramón desarrolla aún más al escribir: «¡Farolas rojas de la retreta de estío, — entre los árboles nocturnos», y que lleva todavía más lejos, insistiendo de nuevo: «La retreta se aleja... Tornan las rosas blancas — a perfumar el plenilunio...»

El poema 12 de *El alma encendida* (1910-1911) se escuda en recordatorio de Maurice de Guérin: «Les forêts futures se balancent imperceptiblement aux forêts vivantes.» Juan Ramón, en su encendimiento sensible, lo subraya escribiendo: «... y ya el placer presente le prepara esa interna — campiña de dolor que ha de tornar mañana!»

El poema 8 de *Amor de otoño* (1911-13) está encabezado de la siguente forma: «... les bords, il fallait le reconnaître, — commençaient à se dessécher...», *La Bacchante,* de Maurice de Guérin. Juan Ramón sitúa así esa ya imperativa constatación: «¡Qué dulcemente va cayendo tu belleza!»

Como fácilmente se observa, hay correspondencia y hasta paralelismo en llevar por su cauce y cuenca de sentimientos a versos que Juan Ramón recoge en la poesía francesa. No en servil espejismo, sino en luz guiadora; diríase que el choque sentimental de la lectura pudo hacer nacer esos poemas, y quizá otros. El que recuerde Juan Ramón a sus manantiales franceses es más bien homenaje, reconocimiento afectivo de deuda íntima y lírica. Es, pues, recepción, completada por ofrecimiento en poema íntegro. Para situar concretamente el libro correspondiente a que pertenecen los poemas citados, baste con señalar los títulos de cada conjunto. Así:

— «Arias tristes», contiene el poema 4 *(Arias otoñales).*
— «Jardines lejanos» lleva el poema 8 *(Jardines místicos).*
— «Elejías», libro al que pertenece el poema 8 *(Elejías intermedias).*
— «Poemas májicos y dolientes» tiene el poema 4 *(Francina en el jardín).*
— «Arte menor» comprende el poema 17 *(Los rincones plácidos).*
— «Laberinto» contiene el poema 3 *(Tesoro).*
— «Melancolía»; en este libro figura el poema 12 *(El alma encendida).*
— «El silencio de oro», con el poema 8 *(Amor de otoño).*

Dentro de los poemas recogidos por su autor en *Segunda Antolojía Poética* figuran fugitivas músicas que tienen su origen en Francia. ¿Es su alma exquisita y dolorosa —de entonces y de siempre— el motor de sus viajes de juventud? ¿Acaso su vida, delicada y frágil como cristal valioso?

El caso es que sus años iniciales en poesía se ven atravesados por facetas vivas del extranjero, recorriendo países de Europa (como más tarde de América). Viajes, estancias, con los contactos consabidos de la retina, la paleta y el corazón del artista, ello supone enriquecimiento. Al lado de la semilla, que penetra en el alma como futura cosecha, está el clima de la realidad, y así Juan Ramón Jiménez, en 1901, conoció más especialmente el sur de Francia. Paisajes y gentes de ese mediodía francés, «la dulce Francia» y su respaldo de montañas pirenaicas. Seguro es que visitó la franja del oeste, cerca de las estribaciones de los Pirineos: Laruns, Oloron, Pau, Nérac, y algo más arriba, Arcachon y su estanque, Burdeos y su sombra de Goya.

Esos mundos, vistos o entrevistos —y luego rememorados, soñados—, aparecen en la poesía de *Segunda Antolojía Poética;* influjo o imaginación, que no es nada encrespado, sino atmósfera remansada y dulcemente dolorida, cuando no nostálgicamente musical y finísima. Hay siempre, en esos años, un corretear de altibajos sentimentales.

Y si Juan Ramón Jiménez escribe, como alentado y animado por una presencia pura de soterrado batido de España, los versos siguientes:

Yo voy detrás de una copla
que había por el sendero...

acaso puédase incluir también en estos fluidos sueños la nítida o velada evocación de Francia, de los campos vistos, de los hombres que allí conoció, de su literatura claramente sentida y gustada.

Además, para el estilete del poeta, que liba lugares y amistades; para la miel de la poesía, ¿pueden existir barreras o fronteras en las emociones o en el ensueño? Lo que Juan Ramón Jiménez aporta a esta época de su creación o lo que le entregan los paisajes del sur francés, ¿no se reúne como en ósmosis, alternando? Ya escribe el poeta de Palos de Moguer:

¡No estás en ti, belleza innúmera,
que con tu fin me tientas, infinita,
a un sin fin de deleites!
¡Estás en mí, que te penetro
hasta el fondo, anhelando, cada instante,
traspasar los nadires más ocultos! («Piedra y cielo».)

La belleza de Francia y su persistente emoción, Juan Ramón Jiménez la deja instalada en diversos poemas del libro que comentamos. Y que tiene huellas de dolencia, ya sea física, como en los poemas «Enfermo» o «Convalescencia» (ps. 294 y 252), o más bien dolor enamorado del corazón, en esa enfermedad clásica del amor, agudizado tal vez por Francina (p. 89) o por Denise (p. 161) o por Marthe (ps. 159 y 160) o por Jeanne (p. 161). Es razón del corazón, pues estos poemas forman parte de *Libros de amor,* y así Juan Ramón Jiménez indica la fuente fidedigna: Cupido, Eros y Venus.

La memoria de estas épocas de pasión primera se recuerda en otro poema de arrebatador título: «Nostalgia» (p. 162) y del que copio la estrofa iniciadora:

En la frescura de la tarde melancólica,
quiero cantar, y no sé qué... Todo estoy lleno
de ritmos perfumados, de letras sin idioma,
que, no sé cómo, hablan de ti, ¡que estás tan lejos!

Fidelidad al momento pasado y que persiste, memoria del corazón en verdad en esos cuatro nombres femeninos de Francia. Y acaso ahí esté la enfermedad o la herida.

La música de Francia, la más suave, la cadencia como inefable, pues se trata de Debussy, la evoca Juan Ramón Jiménez en el poema «Clase» (del libro *Esto,* 1908-1911). Y un autor francés contemporáneo ha podido escribir: «Si se ha comparado a Darío con Wagner, bien podría compararse a Jiménez con Debussy» (R. Seguin: *La España literaria,* 1955).

Viajes, estancias... ¡Y qué lejos están el amor, y el paisaje, y la música de Francia! Sin embargo, el recuerdo está vivo y se aviva en Juan Ramón Jiménez, como persistiendo el eco de un dulcísimo otoño, tan suave y tan agradable en esa comarca vecina con España y que es Bearn. Tierra de maizales y de montañas azules, de cascabeleos de ganados al ritmo cansino de pastores y de perros lanosos y blancos, enormes, llamados perros de los Pirineos. Idilio del hombre y de la Naturaleza, campiña agreste y acogedora, con cortinas de bruma y llovizna, decorado ideal para el alma doliente del poeta español. Andan por ahí bosques y llanuras de heno, donde «llora la hierba del suelo..., llora el ensueño del sol», como dice Juan Ramón Jiménez. Delicadeza en la luminosidad y en el silencio: placer de vida y de poesía.

En el libro titulado *Olvidanzas* (1906-1907), lleno de campo verde, corazón con esquilas y humo en calma, figura un poema, «Vendaval», donde se evoca ese horizonte triste que surge de los sentimientos,

reuniendo a Francia y a España en versos de idéntica profundidad sensible; acaso vibra, por dentro, «el ensueño que uno sueña». He aquí el texto completo:

VENDAVAL

(Mar cercano.)

Campana de Francia, ¿lloras
por mis amadas de España?
Todas muertas... ¡Todas vivas,
y enterradas en mi alma!
¡Conmigo están todas, ay!
Y yo, ¡qué solo entre tantas!
... ¡Y cómo lloras, con ellas,
por mí, campana de Francia!
Abril ruje. Las glicinas,
como almas, se levantan
hasta el cielo; mis tristezas
se levantan, como almas;
¡almas mías, todas ojos,
azules negras!... ¡Campana,
campana, campana, llora
por mis amadas de España!
... ¡Oh, cómo miraban; cómo
besaban y cómo hablaban!
¡Y sus ojos se han cerrado,
y sus bocas ya no hablan,
ya no besan; pues que han vuelto
hacia otros sus miradas,
pues que encienden otros labios,
y dicen otras palabras!
¡Funerales de abril frío,
viento en la flor, dicha mala!
¡Campana de Francia, llora
por mis amadas de España!
¿Nunca? ¡Nunca! ¡Nunca! ¿Nunca?
¿Dónde están, que aquí en mi alma
las tengo y no están? ¡Ay, dónde,
dónde están, campana clara!
¿Dónde están, vanas glicinas,
dónde están vuestras hermanas,
negras, azules; mujeres
que yo amaba y que me amaban?
¡Toca con mi corazón,
que se me salga mi alma!
¡Campana de Francia, llora
por mis amadas de España!

Y así Juan Ramón Jiménez se empapa de melancolía, incluso haciendo intervenir la glicina, flor de Francia, abundante en la faja pirenaica, en esos valles y alturas que él frecuentó y conoció en sus años mozos.

A pesar del título, ya se ve que no se trata de «olvidanzas»; todo lo contrario, en fulgor vivo de recuerdos que son presencia durante mucho tiempo.

Y cuando escribe un ramillete de poemas, bajo la rúbrica *Tesoro,* y que engloba en el libro *Laberinto* (1910-1911), y que, específicamente, lleva por título *Playa del Sudoeste,* ¿no piensa Juan Ramón Jiménez en la tierra francesa? Pone como subtítulo «casino», y creo que ello evoca aún más la costa francesa atlántica, la «côte du sud-ouest», con sus lugares célebres y visitados, Biarritz, Hendaya, Saint-Jean de Luz, Arcachon..., y donde el casino es sitio de luz como un faro, para el público turístico. Además cita palabras como «bojes de la terraza» y «mundos de música, de vaguedad y de brillos» que hacen pensar en esas playas francesas, brillantes, concurridas, con el gozo de «vanas diamanterías».

Hay, pues, algo que perdura de los viajes a Francia (reales o imaginados) y que Juan Ramón Jiménez tiene siempre en activa presencia sentimental.

En su libro *Melancolía* (1910-1911) y en su libro *Arias Tristes* (1902-1903) figuran versos que son como paisajes del corazón, pero en estampa concreta de Francia. En añoranza de su España, claro está, pero con el calor afectivo de flores y almas en roce, estrellas aún con luz y que rememoran el alba. Pau y sus valles umbrosos vienen a la imaginación, dejando el ir más o menos verdoso y lluvioso de días y esperanzas. Juan Ramón Jiménez canta la historia y el silencio de entonces, apartando lo que podría enlutar la armonía del recuerdo y de la realidad.

De «Recuerdos sentimentales» (libro *Arias tristes),* he aquí el poema que se cobija bajo el título ya conciso y determinante, «Pirineos»:

En la quietud de estos valles
llenos de dulce añoranza,
tiemblan, bajo el cielo azul,
las esquilas de las vacas;
se duerme el sol en la yerba,
y, en la ribera dorada,
sueñan los árboles verdes,
al ir lloroso del agua.
El pastor descansa, mudo,
sobre su larga cayada,
mirando al sol de la tarde
de primavera, y las mansas

vacas van, de prado a prado,
subiendo hacia la montaña,
al son lejano y dormido
de sus esquilas con lágrimas.
... Pastor, toca un aire viejo
y quejumbroso, en tu flauta;
llora en estos grandes valles
de languidez y nostalgia;
llora la yerba del suelo,
llora el diamante del agua,
llora el ensueño del sol
y los ocasos del alma.
¡Que todo, pastor, se inunde
con el llanto de tu flauta:
al otro lado del monte,
están los campos de España!

Al otro lado de la montaña, no lejos, están los campos —y los hombres— de España. Pero aquí, en estos valles de languidez y nostalgia, el poeta andaluz debe estar contento. Tierra tranquila, de esquilas y nubes, de maíz y mansas vacas, tierra de elección y de predilección del bucólico Francis Jammes. Este Bearn fronterizo a Aragón y a las provincias vascongadas es paisaje de oda y de elegía: tierra para Virgilio. Es decir, tierra para poetas. Y así, sin saberlo, Juan Ramón Jiménez une su canto al de Vigny, al de Barrès, al de P. J. Toulet; cantos para una tierra de verde y de sol, de montaña y de lluvia, cuyo escudo de armas es el Pico de Ossau, rabioso como un diente que se alza con todo el esplendor de su insolente rabia, es decir, su fuerza, su savia, su edad.

Antes, ya lo hemos citado, Juan Ramón Jiménez oía el campanear de pueblecitos de Francia; ahora sabe que la vida de España está al otro lado del monte. En ambos casos, es evocación, añoranza. Y esa es la raíz corredora y subterránea que domina y explica la poesía de entonces del poeta andaluz. Viajes, estancias, y todo ello en estampas de sensible y dolida nostalgia. También el vigor de lo esperanzado es otra nota de huellas francesas en las poesías de *Segunda Antolojía Poética.*

Podría intentarse abrir más camino, quitar los matas de hierba, que son los colores y los olores de los versos, para buscar más hondo el sentir de Juan Ramón Jiménez, aquí baste este comienzo, que puede continuarse, y la búsqueda alcanzar el mundo de los sentimientos. Estas notas ofrecen un horizonte que puede ser claridad para mayor estudio en las relaciones de lo francés en Juan Ramón Jiménez. Presencia que es influencia emocional ante todo, redondeando la curva de la vida del corazón, la serenidad perfumada de las tierras francesas vecinas

y fronterizas, los valles y llanuras y playas de Bearn y del País Vasco, con sol de mediodía y luminosidad de montañas y color del Atlántico.

Así, siendo «verdad presente», se lográ la soledad pura deseada por el poeta, pero con historia, esto es, con situación de paisajes, con el marco de sus relaciones humanas, sobre todo femeninas en aquel entonces de sus años muy mozos. Herida tal vez, y luego, para la página poética, recuerdo, persistencia de lo vivido.—JACINTO-LUIS GUEREÑA.

NOTAS SOBRE TEATRO

«LA DAMA DEL ALBA» O LA REALIDAD POETIZADA

El pasado domingo de Resurrección se estrenó con gran éxito, en el teatro Bellas Artes, de Madrid, *La dama del alba,* retablo en cuatro actos de Alejandro Casona. Al estreno asistió el autor, quien terminada la obra, y ante los aplausos fervorosos del público, hubo de dirigir a éste unas conmovedoras palabras. Al día siguiente la crítica acogía unánimemente la obra, no escatimando elogios.

Dirigió José Tamayo. Los decorados —espléndidos— fueron de Emilio Burgos. De entre los intérpretes debemos destacar por su excelente trabajo a Milagros Leal, Julieta Serrano, Ana María Noé, Gemma Cuervo, Antonio Vico y Rafael Arcos. Nos pareció equivocada la interpretación que hizo Asunción Sancho del personaje principal: la Peregrina.

La dama del alba fué estrenada por Margarita Xirgu en el teatro Avenida, de Buenos Aires, el 3 de noviembre de 1944. Publicada en la capital bonaerense en 1951, está dedicada por su autor así: «A mi tierra de Asturias: a su paisaje, a sus hombres, a su espíritu.» Pero el hecho de que *La dama del alba* haya sido escrita desde la distancia y la nostalgia no quita para que sea —o quizá lo es por eso— un drama hondamente enraizado en el alma española. Su acción se desarrolla en un lugar indeterminado de Asturias, y de vez en cuando parece como si de ella, de su ambiente, llegase hasta nosotros el vaho limpio de la campiña asturiana, el negro del carbón de las minas y el blanco purísimo de las casas de labranza. Es en una de estas casas —«de sólida arquitectura, de piedra encalada y maderas nobles»— donde transcurren los cuatro actos del retablo. A lo largo de ellos se nos ofrece la siguiente peripecia, de origen legendario: